

EL TIGRE DE PIEDRA

Carlos María Romero Sosa

Recuerdo cuando mi padre, recién llegado de la ciudad de Salta, mientras desarmaba una gran valija de las usuales hace seis décadas o más para los viajes, desenvolvió ante la vista curiosa de mi madre, mi hermana de tres o cuatro años y yo algo mayor, un objeto de piedra hueco decorado su exterior con guardas geométricas. Era la representación de una jaguara en estado de parición —después lo supe—, suerte de recipiente ceremonial para depositar allí semillas de maíz supuestamente durante rituales de fecundidad. La pieza había sido hallada por un tío lejano, sacerdote, músico y afecto a los estudios arqueológicos a finales del siglo XIX. El sabio antropólogo José Imbelloni, que la estudió mucho más tarde, dictaminó que provenía de los Barreales, una cultura indígena del noroeste argentino con cierta influencia de Tiahuanaco y obsesionada por representar felinos.

Desde entonces el “tigre de piedra”, como lo bautizamos familiarmente, lució sobre el mueble del escritorio paterno, en la habitación donde su biblioteca se elevaba hasta el techo por todas las paredes. En el fondo del “tigre de piedra” ponía la correspondencia que le remitían desde distintos puntos del país y de Latinoamérica, para evitar que se traspapelara e irla respondiendo. También depositaba las boletas de servicios a vencer y cosas así. Es decir que ese elemento, sin duda precolombino o poco menos, desbordaba en su fondo de sobres y demás papeles circunstanciales y efímeros, rebajado a una función doméstica que no alcanzaba a quitarle misterio, aunque operara como la refutación, mediante manoseadas y mataselladas marcas de presente, a lo insondable y nebuloso de su origen.

Debo hacer aquí un paréntesis y admitir que mi padre se comportaba en extremo celoso con aquel espacio de trabajo intelectual donde se recluía al regresar por la tarde de la oficina pública en las que se desempeñaba *pane lucrando*. Apenas nuestra madre, y solo en su presencia, barría la habitación y quitaba el polvo a los libros con sumo cuidado, mientras rezongaba por el desorden geométrico del ambiente. Ninguna mucama tenía autorización para limpiar allí. Lógicamente, ese lugar casi

secreto de nuestro departamento, a menudo bajo llave en ausencia del ocupante, fue motivo de fantasías para los compañeros de la escuela primaria con los que nos juntábamos para hacer los deberes, tomar el chocolate de la tarde y jugar a las figuritas.

A mí también me inquietaba y en no pocas ocasiones solía ingresar al escritorio a la hora de la siesta con interés de descubrir ese “algo más” —que imaginábamos pecaminoso o “comunista”— que habría entre los estantes. El “tigre de piedra” era testigo de esas incursiones con su muda expresión de dolorida parturienta. Yo prefería defenderme de la visión de sus filosos colmillos tallados, igual que el resto de la figura, con algún elemento necesariamente más duro que su pedernal. Y lo intentaba fijándome en la papelería de su interior, algo que como dije no alcanzaba para retrotraerme a mi actualidad de preadolescente, tan firme era su aspecto de reliquia prehistórica. Incluso una sensación parecida a cuando contemplaba la calle desde la azotea del edificio presiento que me debía embargar frente a la jaguara en la habitación a media luz. ¿Turbación ante un pasado desovillado y estirado hasta mi persona desde los bajorrelieves de la decoración de sus guardas? Trato de recuperar el vértigo que me subiría por las piernas y amenazaría arrojarme hasta caer lejos de esos momentos de travesura sin saber adónde, aunque ignorara todo entonces sobre narraciones de ciencia ficción con alusiones a grietas en el tiempo.

Sí, trato de hacerlo, pero es ocioso el empeño. Suele devolver al pasado un perfume o el eco súbito de una voz en nuestro interior. No aquello que tantas veces armó y desarmó la memoria con jirones de realidad entramados en la fantasía y la turbación infantil. Por lo mismo no abundaré en esos estados de ánimo que hoy describiría de creciente terror y que quizá me erizan más la piel ahora en este empeñoso trance de revivirlos.

Pasaron quince o dieciséis años desde su llegada a casa. Yo cursaba los tramos finales de la carrera de Derecho y la militancia política en los años setenta, con riesgos ciertos de vida por la represiva actuación policial y parapolicial, sustituyeron otras inquietudes espirituales menos definibles. Un día al volver de la Facultad hallé a mi padre disgustado conmigo.



—¡Cómo se te ocurre llenar de agua el tigre! ¿No ves que arruinaste las boletas de luz y de gas que vencen esta semana?

No entendí la recriminación y le aseguré y hasta le juré que no había hecho semejante cosa. Ya no era el chico que años atrás andaba con paraguas los días soleados emulando al actor de la serie inglesa “Los Vengadores” o llamaba al almacén de la otra cuadra haciéndome pasar por algún vecino que requería mercadería del negocio. Comprendí que ya que mi madre y mi hermana quedaron descartadas desde un primer momento, era yo el único sospechoso del fenómeno. Mi padre parecía no terminar de creerme ajeno al hecho. O no quería creerlo...

Al poco lo vi enfrascado en trabajos del etnógrafo y lingüista Samuel Lafone Quevedo, interesándose por saber algo más de la Aguada y los Barreales, cultura así llamada por habitar sus integrantes en la proximidad de ríos. Si comentó o no a alguien el asunto que decidí achacarme tal vez para tranquilizarse, no lo supe hasta mucho después. Aunque estoy seguro que la cuestión le reviviría una lejana advertencia que le hizo en su juventud el presbítero Juan Ramón Sepich, un filósofo que se radicó en Alemania y por notorio hombre de la Iglesia y científico era bien ajeno a las supersticiones y el pensamiento mágico: “*Tenga cuidado, Romero, con su afán de coleccionista. Hay que cuidarse mucho de aquello sobre cuyo origen se desconoce.*”

A la muerte de papá me dediqué a revisar su archivo, tarea aleccionadora y triste a la vez de la que resultó el libro *Papeles con mi padre*. Entre cartas de colegas suyos, historiadores y genealogistas, con fluido intercambio de datos, descubrí a partir de abril de 1975 cierta

correspondencia dirigida a arqueólogos de trato no muy habitual con él y preguntas sobre vasos líticos con formas felinas. Por ejemplo, en una breve esquila manuscrita el profesor Salas le respondió no tener registro alguno de sacrificios humanos por ahogamiento en las zonas de Santa María, en el límite de Catamarca con Salta, antes o durante la Conquista. Di vuelta a la tarjeta del autor de *Crónica florida del mestizaje de las Indias* y hallé escrita a modo de apostilla con esa letra minúscula que tan bien conocía y descifraba yo, una interrogación que me dio escalofrío, al tiempo de convencerme que pasado el primer momento dejó de sospecharme responsable de semejante chiquillada, hilando en su mente otros temores: “*¿Para bautizar en el nombre de qué dioses sería esa agua bendita o maldecida?*”

Ahora exhibido en una vitrina del comedor, al “tigre de piedra” con sus fauces abiertas me parece descubrirle un gesto entre sediento de sangre y asfixia por sumergimiento en las barrosas aguas del inframundo, la Uku Pacha de los incas, donde quizá se disuelva todo lo terrenal y con su carga de inquietudes o presunciones de certeza sea devorado lo humano.

El absoluto no admite preguntas ni da respuestas. ☒

Carlos María Romero Sosa (Buenos Aires, 1951). Ensayista y crítico literario argentino, viene ejerciendo el periodismo cultural en su patria y otros países de América desde su primera juventud. Becado por el Instituto Argentino de Cultura Hispánica cursó estudios de posgrado de filología española en la Universidad Complutense de Madrid, entre los años 1979 y 1980. Es autor de veinte libros de poesía y prosa y de numerosos opúsculos. Ha pronunciado conferencias en la Argentina, España y la República Dominicana, a cuya Feria Internacional del Libro fue invitado en varias oportunidades por el gobierno de ese país. Es abogado y ejerce la docencia superior y universitaria, esta última como docente de Filosofía del Derecho.